

EL SEGUNDO SEXO

Simone de Beauvoir

1949

CONCLUSIÓN

«No, la mujer no es nuestro hermano; mediante la pereza y la corrupción, hemos hecho de ella un ser aparte, desconocido, sin otra arma que su sexo, lo cual no solo es la guerra perpetua, sino un arma de guerra maligna -adorando u odiando, pero no compañera franca, un ser que forma legión con espíritu de cuerpo, de masonería-, desconfianzas de eterna y pequeña esclava.»

Multitud de hombres suscribirían aún esas palabras de Jules Laforgue; muchos piensan que entre ambos sexos siempre habrá «intriga y discordia» y que jamás será posible la fraternidad entre ellos. El hecho es que ni hombres ni mujeres están satisfechos hoy unos de otros. Pero la cuestión estriba en saber si se trata de una maldición original que los condene a desgarrarse mutuamente o si los conflictos que los oponen no expresan más que un momento transitorio de la Historia humana.

Ya hemos visto que, a despecho de leyendas, ningún destino fisiológico impone al Varón y a la Hembra, como tales, una eterna hostilidad; hasta la famosa mantis religiosa solamente devora al macho a falta de otros alimentos y en interés de la especie: a esta última se subordinan todos los individuos de arriba abajo en la escala animal. Por lo demás, la Humanidad es algo distinto de una especie -un devenir histórico- y se define por la manera en que asume la ficción natural. En verdad, ni siquiera con la peor mala fe del mundo, es imposible descubrir entre el varón y la hembra humanos una rivalidad de orden expresamente fisiológico. Más bien habría que situar su hostilidad en ese terreno intermedio {852} entre la biología y la psicología que es el del psicoanálisis. Se dice que la mujer envidia al hombre su pene y desea castrarlo; pero el deseo infantil del pene no adquiere importancia en la vida de la mujer adulta más que en el caso de que ella experimente su feminidad como una mutilación; entonces, y en tanto que encarna todos los privilegios de la virilidad, es cuando desea apropiarse del órgano masculino. Se admite de buen grado que su sueño de castración tiene una significación simbólica: se supone que desea privar al varón de su trascendencia. Su anhelo, ya lo hemos visto, es mucho más ambiguo: de un modo contradictorio, quiere tener esa trascendencia, lo cual supone que la respeta y la niega al mismo tiempo, que pretende precipitarse en ella y retenerla dentro de sí a la vez. Es decir, que el drama no se desarrolla sobre un plano sexual; la sexualidad, por otra parte, jamás se nos ha presentado como definidora de un destino, como portadora de la clave de las actitudes humanas, sino como expresión de la totalidad de una situación que contribuye a definir. La lucha de los sexos no está inmediatamente implicada en la anatomía del hombre y de la mujer. En verdad, cuando se la evoca, se da por supuesto que en el cielo intemporal de las Ideas se desarrolla una batalla entre esas esencias inciertas: el Eterno femenino y el Eterno masculino, y no se echa de ver que ese titánico combate reviste en la Tierra dos formas completamente diferentes, correspondientes a momentos históricos distintos.

La mujer, confinada en la inmanencia, trata de retener también al hombre en esa prisión; de ese modo, esta se confundirá con el mundo y ella no sufrirá ya por estar encerrada en la misma: la madre, la esposa, la amante, son otras tantas carceleras; la sociedad codificada por los hombres decreta que la mujer es inferior: y ella solo puede abolir esa inferioridad destruyendo la superioridad viril. Se dedica a mutilar, a dominar al hombre; le contradice; niega su verdad y sus valores. Mas con ello no hace otra cosa que defenderse; no han sido ni una esencia inmutable ni una elección culpable las que la han condenado a la inmanencia, a la inferioridad. Le han sido impuestas. Toda opresión crea un {853} estado de guerra. Y este caso no es una excepción. El existente al que se considera como inesencial no puede dejar de pretender el restablecimiento de su soberanía.

Hoy el combate adopta otra forma: en lugar de querer encerrar al hombre en un calabozo, la mujer trata de evadirse; ya no pretende arrastrarlo a las regiones de la inmanencia, sino de emerger a la luz de la trascendencia. Es entonces la actitud de los varones la que crea un nuevo conflicto: el hombre «concede su libertad» a la mujer de muy mala gana. Le gusta seguir siendo sujeto soberano, superior absoluto, ser esencial; se niega concretamente a tener por igual a su compañera; y ella replica a esa desconfianza con una actitud agresiva. Ya no se trata de una guerra entre individuos encerrados cada cual en su esfera: una casta reivindicadora se lanza al asalto y es tenida en jaque por la casta privilegiada. Son dos trascendencias que se afrontan; en vez de reconocerse mutuamente, cada libertad quiere dominar a la otra.

Esta diferencia de actitud se proyecta tanto en el plano sexual como en el espiritual; la mujer «femenina», al hacerse presa pasiva, trata de reducir también al varón a su pasividad carnal; procura hacerle caer en la trampa, encadenarlo a través del deseo que despierta, haciéndose dócilmente cosa; por el contrario, la mujer «emancipada» se quiere activa, prensil, y rechaza la pasividad que el hombre pretende imponerle. De igual modo, Elise y sus émulas niegan su valor a las actividades viriles; colocan la carne por encima del espíritu, la contingencia por encima de la libertad, su prudencia rutinaria por encima de la audacia creadora. Pero la mujer «moderna» acepta los valores masculinos: pone todo su amor propio en pensar, obrar, trabajar y crear con los mismos títulos que los varones; en lugar de tratar de rebajarlos, afirma que se iguala a ellos.

En la medida en que se expresa en actitudes concretas, esa reivindicación es legítima; y entonces la insolencia de los hombres es la que resulta condenable. Pero hay que decir en disculpa de ellos que las mujeres embrollan a propósito las cartas. Una Mabel Dodge pretendía esclavizar a Lawrence con los encantos de su feminidad, con objeto de dominarlo {854} después espiritualmente; muchas mujeres, para demostrar con sus éxitos que valen tanto como un hombre, se esfuerzan por asegurarse sexualmente un apoyo masculino; juegan así con dos barajas, reclamando a la vez antiguas consideraciones y una estimación nueva, apostando a su antigua magia y a sus recientes derechos; se comprende que el hombre, irritado, se sitúe a la defensiva; pero también él es falaz cuando exige que la mujer participe lealmente en el juego, al mismo tiempo que, con su desconfianza y su hostilidad, le niega los triunfos indispensables. En verdad, la lucha no podría revestir entre ellos una forma clara, puesto que el ser mismo de la mujer es opacidad; no se alza frente al hombre como sujeto, sino como un objeto paradójicamente dotado de subjetividad; se asume a la vez como yo y como otro, lo cual es una contradicción que comporta desconcertantes consecuencias. Cuando convierte en arma a la vez su debilidad y su fuerza, no se trata de un cálculo concertado: busca espontáneamente su salvación en la vía que le ha sido impuesta, la de la pasividad, al mismo tiempo que reivindica activamente su soberanía; y, sin duda, este proceder no es de «buena lid», pero le está dictado por la ambigua situación que le han asignado. Sin embargo, el hombre, cuando la trata como una libertad, se indigna de que siga siendo un cepo para él; si

la halaga y la satisface en tanto que es su presa, le irritan sus pretensiones de autonomía; haga lo que haga, se siente burlado y ella se considera perjudicada.

La disputa durará en tanto que hombres y mujeres no se reconozcan como semejantes, es decir, en tanto se perpetúe la feminidad como tal; ¿quiénes de ellos son los más encarnizados en mantenerla? La mujer que se libera de ella quiere, no obstante, seguir conservando sus prerrogativas; y el hombre exige que entonces asuma también sus limitaciones. «Es más fácil acusar a un sexo que excusar al otro», dice Montaigne. Distribuir censuras y parabienes resulta vano. En verdad, si el círculo vicioso resulta aquí difícil de romper, es porque ambos sexos son víctimas cada uno al propio tiempo del otro y de sí mismo; entre dos adversarios {855} que se afrontasen en su pura libertad, podría establecerse fácilmente un acuerdo: tanto más cuanto que esa guerra no beneficia a nadie; sin embargo, la complejidad de todo este asunto proviene de que cada uno de los campos es cómplice de su enemigo; la mujer persigue un sueño de dimisión; el hombre, un sueño de enajenación; la inautenticidad no es rentable: cada cual culpa al otro de la desgracia que se ha buscado al ceder a las tentaciones de lo fácil; lo que el hombre y la mujer odian el uno en el otro es el clamoroso fracaso de su propia mala fe y de su cobardía.

Ya se ha visto por qué originariamente los hombres han esclavizado a las mujeres; la devaluación de la feminidad ha sido una etapa necesaria para la evolución humana; pero hubiera podido engendrar una colaboración de ambos sexos; la opresión se explica por la tendencia del existente a evadirse enajenándose en el otro, al cual oprime con ese fin; hoy día, vuelve a encontrarse en cada hombre esta tendencia singular, y la inmensa mayoría cede a ella: el marido se busca en su esposa, el amante en su querida, bajo la figura de una estatua de piedra; persigue en ella el mito de su virilidad, de su soberanía, de su inmediata realidad. «Mi marido no va nunca al cine», dice la mujer, y la incierta opinión masculina se imprime en el mármol de la eternidad. Pero él mismo es esclavo de su doble: ¡qué trabajo para edificar una imagen en la cual siempre está en peligro! A pesar de todo, se funda en la caprichosa libertad de las mujeres: hay que hacérsela propicia sin cesar; al hombre le corroe la preocupación de mostrarse varonil, importante, superior; hace comedia para que se la hagan; también se muestra inquieto, agresivo; siente hostilidad contra las mujeres porque las teme, y las teme porque le amedrenta el personaje con el cual se confunde. ¡Cuánto tiempo y cuántas energías derrocha para liquidar, sublimar y superar sus complejos, y para hablar de mujeres, seducirlas o temerlas! Se le liberaría, liberándolas. Pero eso es precisamente lo que teme. Y se obstina en las mistificaciones destinadas a mantener a la mujer encadenada.

Son muchos los hombres que tienen conciencia de que la {856} mujer es víctima de un engaño. «¡Qué desgracia ser mujer! Y, sin embargo, cuando se es mujer, la desgracia, en el fondo, consiste en no comprender que lo es», dice Kierkegaard¹. Hace mucho tiempo que se dedican metódicos esfuerzos a disfrazar esa desgracia. Se ha suprimido, por ejemplo, la tutela: se le han dado a la mujer unos «protectores» que, si han sido revestidos con los derechos de los antiguos tutores, lo han sido en interés de la propia mujer. Prohibirle trabajar, mantenerla en el hogar, es defenderla contra ella misma, es asegurar su dicha. Ya se ha visto con qué velos poéticos se disimulaban las monótonas cargas que la abruman: faenas domésticas y maternidad; a cambio de su libertad, le han hecho el presente de los falaces tesoros de su «feminidad». Balzac ha descrito muy bien esa maniobra cuando aconseja al hombre que la

1 *In vino veritas*. Dice también: «Vuelve la galantería -esencialmente- hacia la mujer; y el hecho de que ella la acepte sin vacilar se explica en virtud de la solicitud de la Naturaleza por el más débil, por el ser no favorecido y por aquel para quien una ilusión significa más que una compensación. Pero esta ilusión, precisamente, le es fatal... Sentirse liberada de la miseria gracias a la imaginación, ser víctima de una imaginación, ¿no es una burla aún más profunda?... La mujer está muy lejos de hallarse verwahrlos (abandonada), pero en otro sentido sí lo está, porque jamás puede librarse de la ilusión de que se ha servido la Naturaleza para consolarla.»

trate como esclava, persuadiéndola de que es una reina. Menos cínicos, muchos hombres se esfuerzan por convencerse a sí mismos de que verdaderamente es una privilegiada. Hay sociólogos norteamericanos que enseñan hoy con toda seriedad la teoría del low-class gain, es decir, de los «beneficios de las clases inferiores». También en Francia se ha proclamado frecuentemente -aunque de manera menos científica- que los obreros, y más aún los vagabundos que pueden vestirse de harapos y acostarse en las aceras, tenían la gran suerte de no verse obligados a «representar» placeres prohibidos al conde de Beaumont y a esos pobres señores de Wendel. Y los despreocupados piojosos que se rascan alegremente sus parásitos, y los gozosos negros que ríen bajo los latigazos, y esos alegres árabes del Souss, que entierran a sus hijos {857} muertos de hambre con la sonrisa en los labios; la mujer disfruta de un privilegio incomparable: la irresponsabilidad. Sin esfuerzos, sin cargas, sin preocupaciones, lleva manifiestamente «la mejor parte». Lo que turba un poco es que, por una obstinada perversidad -ligada sin duda al pecado original-, a través de siglos y países, las gentes que llevan la mejor parte les gritan siempre a sus bienhechores: «¡Es demasiado! ¡Yo me contentaría con la vuestra!» Pero los capitalistas magníficos, los colonos generosos, los espléndidos varones, se obstinan: «¡Conservad la mejor parte, conservadla!»

El hecho es que los hombres encuentran en su compañera más complicidad que la que habitualmente encuentra el opresor en el oprimido; y, con mala fe, consideran que ello les da autoridad para declarar que la mujer ha querido el destino que le han impuesto. Ya hemos visto que, en verdad, toda su educación conspira para cerrarle los caminos de la revuelta y la aventura; la sociedad entera -empezando por sus respetados padres- le miente al exaltar el excelso valor del amor, de la devoción y la abnegación, y al ocultarle que ni el amante, ni el marido, ni los hijos estarán dispuestos a soportar su embarazosa carga. Acepta ella alegremente tales mentiras, porque la invitan a seguir la pendiente de lo fácil: y ese es el peor crimen que se comete contra ella; desde su infancia y a todo lo largo de su vida, la miman y corrompen, designándole como vocación esa dimisión que tienta a todo existente angustiado por su libertad; si se invita a un niño a la pereza, divirtiéndole todo el día, sin darle ocasión para estudiar, sin mostrarle su utilidad, cuando llegue a la edad madura no podrá decirse que ha elegido ser incapaz e ignorante: así es como se educa a la mujer, sin enseñarle nunca la necesidad de asumir por sí misma su existencia; y ella se abandona de buen grado, contando con la protección, el amor, la ayuda y la dirección de otro; se deja fascinar por la esperanza de poder realizar su ser sin hacer nada. Hace mal cediendo a la tentación; pero el hombre no tiene derecho a reprochárselo, puesto que ha sido él quien la ha tentado. Cuando entre ellos estalle un conflicto, cada uno {858} juzgará al otro responsable de la situación; ella le reprochará el haberla creado: «Nadie me ha enseñado a razonar, a ganarme la vida...» El le reprochará haberlo aceptado: «No sabes nada, eres una inútil...» Cada sexo cree justificarse tomando la ofensiva: pero los entuertos de uno no absuelven al otro.

Los innumerables conflictos que enfrentan a hombres y mujeres derivan de que ninguno de los dos asume todas las consecuencias de esa situación que uno propone y otra sufre; esa incierta noción de la «igualdad en la desigualdad», de la cual se sirve uno para enmascarar su despotismo y la otra su cobardía, no resiste a la experiencia; en sus intercambios, la mujer reclama la igualdad abstracta que le han garantizado, y el hombre, la desigualdad concreta que constata. De ahí proviene que en todas esas relaciones se perpetúe un debate indefinido sobre el equívoco de las palabras dar y tomar: ella se queja de que lo da todo, él protesta que ella le toma todo. Es preciso que la mujer comprenda que los intercambios -y esta es una ley fundamental de la economía política- se rigen por el valor que la mercancía ofrecida tenga para el comprador y no para el vendedor: la han engañado al persuadirla de que ella poseía un valor infinito; en verdad, ella es para el hombre solamente una distracción, un placer, una compañía, un bien inesencial; en cambio, él es el sentido y la justificación de la existencia de ella; de modo que el intercambio no se efectúa entre dos objetos de la misma calidad; esta

desigualdad va a señalarse singularmente en el hecho de que el tiempo que pasen juntos -y que falazmente parece el mismo- no tiene para ambos el mismo valor; durante la velada que el amante pasa con su querida, podría haber ejecutado un trabajo útil para su carrera, haber visto a unos amigos, haber cultivado unas relaciones, haberse distraído; para un hombre normalmente integrado en la sociedad, el tiempo es una riqueza positiva: dinero, reputación, placer. Por el contrario, para la mujer ociosa, que se aburre, es una carga de la cual solo aspira a desembarazarse; cuando logra matar unas horas, considera que ha obtenido un beneficio: la presencia del {859} hombre es un puro beneficio; en numerosos casos, lo que más claramente interesa a un hombre en un enredo amoroso es el provecho sexual que saca del mismo: en un caso límite, puede contentarse con pasar en compañía de su querida el tiempo justo y necesario para realizar el acto amoroso; pero, salvo excepciones, lo que ella desea es que «transcurra» todo ese exceso de tiempo con el que no sabe qué hacer, y -como el comerciante que no vende las patatas si no le compran también los nabos- no cede su cuerpo sino cuando el amante «compra», por añadidura, unas horas de conversación y paseo. El equilibrio se establece si el coste total del lote no se le antoja al hombre demasiado elevado: eso depende, bien entendido, de la intensidad de su deseo y de la importancia que tengan a sus ojos las ocupaciones que sacrifica; pero si la mujer reclama -ofrece- demasiado tiempo, se hace completamente importuna, como el río que se sale de su cauce, y el hombre preferirá no tener nada antes que tener demasiado. Así, pues, ella modera sus exigencias; pero muy a menudo el equilibrio se establece a costa de una doble tensión: ella estima que el hombre la ha conseguido a un precio de rebajas; él considera que ha pagado demasiado caro. Desde luego, esta exposición tiene un poco de humorística; sin embargo -salvo en los casos de pasión celosa y exclusiva en que el hombre quiere a la mujer en su totalidad-, este conflicto se advierte en la ternura, el deseo y el amor mismo; el hombre siempre tiene «algo que hacer» con su tiempo, en tanto que la mujer trata de desembarazarse de él; y el hombre no considera como un don las horas que la mujer le consagra, sino como una carga. Generalmente, consiente en soportarla porque sabe muy bien que está del lado de los favorecidos, no tiene la conciencia tranquila; y, si tiene un poco de buena voluntad, trata de compensar la desigualdad de las condiciones por medio de la generosidad; no obstante, considera un mérito su compasión y, al primer choque, trata a la mujer de ingrata, se irrita: «Soy demasiado bueno.» Ella percibe que se porta como una pedigüeña, cuando está persuadida del elevado valor de sus regalos, y se siente humillada. Eso es lo que explica la {860} crueldad de que a menudo se muestra capaz la mujer; tiene la conciencia tranquila, porque está en el lado de los desfavorecidos; no se considera obligada a ningún miramiento con respecto a la casta privilegiada, solo piensa en defenderse; será incluso muy dichosa si tiene ocasión para manifestar su rencor al amante que no ha sabido satisfacerla: puesto que él no da bastante, ella se lo quitará todo con un placer salvaje. Entonces el hombre herido descubre el valor global de la relación, cada uno de cuyos momentos desdeñaba: está dispuesto a todas las promesas, corriendo el riesgo de considerarse nuevamente explotado cuando deba cumplirlas; acusa a su amante de hacerle chantaje, y ella le reprocha su avaricia; los dos se juzgan perjudicados. También aquí es ocioso distribuir excusas y censuras: jamás se podrá crear la justicia en el seno de la injusticia. Un administrador colonial no tiene ninguna posibilidad de llevarse bien con los indígenas, ni un general con sus soldados; la única solución consiste en no ser ni colono ni jefe; pero un hombre no puede impedir ser un hombre. Helo ahí culpable, por tanto, a su pesar, y oprimido por una falta que no ha cometido; así también la mujer es víctima y arpía, a su pesar. A veces él se rebela, opta por la crueldad; pero entonces se hace cómplice de la injusticia, y la falta se vuelve realmente suya; a veces se deja aniquilar, devorar, por su víctima reivindicadora: pero entonces se siente burlado; a menudo se aviene a un compromiso que a la vez le disminuye y le deja desasosegado. Un hombre de buena voluntad se sentirá más desgarrado por la situación que la mujer misma: en cierto sentido, siempre se sale ganando si se está en el bando de los vencidos; pero si también ella tiene

buena voluntad, es incapaz de bastarse a sí misma, le repugna aplastar al hombre con el peso de su destino, se debatirá en una inextricable confusión. Se encuentran profusamente en la vida cotidiana esos casos que no comportan solución satisfactoria, porque están definidos por condiciones que tampoco son satisfactorias: un hombre que se vea obligado a continuar manteniendo moral y materialmente a una mujer a quien ya no ama, se siente {861} víctima; pero si abandonase sin recursos a la que ha comprometido toda su existencia con él, sería ella la víctima de una manera igualmente injusta. El mal no proviene de una perversidad individual -y la mala fe comienza cuando cada uno acusa al otro-, sino de una situación contra la cual toda actitud singular es impotente. Las mujeres son pegajosas, pesadas, y sufren por ello; es porque tienen la suerte de un parásito que succiona la vida de un organismo extraño; que se les dote de un organismo autónomo, que puedan luchar contra el mundo y arrancarle su subsistencia, y será abolida su dependencia: también la del hombre. Unos y otras, sin duda alguna, lo pasarán mucho mejor.

Un mundo en el que hombres y mujeres fuesen iguales es fácil de imaginar, porque eso es exactamente lo que había prometido la revolución soviética: las mujeres, educadas y formadas exactamente como los hombres, trabajarían en las mismas condiciones² y por los mismos salarios; la libertad erótica sería admitida por las costumbres, pero el acto sexual ya no sería considerado como un «servicio» que se remunera; la mujer estaría obligada a asegurarse otro medio de vida; el matrimonio descansaría en un libre compromiso que los cónyuges podrían denunciar cuando lo desearan; la maternidad sería libre, es decir, que se autorizaría el control de la natalidad y también el aborto, y a todas las madres y a sus hijos se les darían exactamente los mismos derechos, tanto si eran casadas como si no; las vacaciones por causa de embarazo serían costeadas por la colectividad, que asumiría el cargo de los hijos, lo cual no quiere decir que se les retiraría a sus padres, sino que no se les abandonaría.

Pero ¿basta con cambiar las leyes, las instituciones, las costumbres, la opinión y todo el contexto social para que hombres y mujeres se conviertan verdaderamente en semejantes? «Las mujeres siempre serán mujeres», afirman los {862} escépticos; y otros videntes profetizan que, al despojarse de su feminidad, las mujeres no lograrán transformarse en hombres y se convertirán en monstruos. Eso es tanto como admitir que la mujer de hoy es una creación de la Naturaleza. Es preciso volver a repetir una vez más que, en la colectividad humana, nada es natural, y que, entre otras cosas, la mujer es un producto elaborado por la civilización: la intervención de otro en su destino es original; si esa acción estuviese dirigida de otro modo, desembocaría en un resultado completamente diferente. La mujer no es definida ni por sus hormonas ni por misteriosos instintos, sino por el modo en que, a través de conciencias extrañas, recupera su cuerpo y sus relaciones con el mundo; el abismo que separa al adolescente de la adolescente ha sido abierto de manera concertada desde los primeros tiempos de su infancia; más tarde no se podrá impedir que la mujer no sea lo que ha sido hecha, y siempre arrastrará ese pasado en pos de sí; si se mide bien el peso de todo ello, se comprende claramente que su destino no está fijado en la eternidad. Desde luego, no hay que creer que basta con modificar su situación económica para que la mujer se transforme; este factor ha sido y sigue siendo el factor primordial de su evolución, pero en tanto no comporte las consecuencias morales, sociales, culturales, etc., que anuncia y que exige, no podrá aparecer la mujer nueva; a la hora actual, no se han realizado en ninguna parte, no más en la URSS que en Francia o en Estados Unidos; y por ese motivo la mujer de hoy se ve descuartizada entre el pasado y el porvenir; lo más frecuente es que aparezca como una «verdadera mujer» disfrazada de hombre, y se siente incómoda tanto en su carne de mujer

² El que ciertos oficios demasiado duros les estén vedados, no contradice ese proyecto: también entre los hombres se busca cada vez más el realizar una adaptación profesional; sus capacidades físicas e intelectuales limitan sus posibilidades de elección; lo que se pide. en todo caso, es que no se trace ninguna frontera de sexo o de casta.

como en su hábito de hombre. Es preciso que eche piel nueva y se corte sus propios vestidos. No podría lograrlo sino merced a una evolución colectiva. Ningún educador aislado puede modelar hoy un «ser humano hembra» que sea exacto homólogo del «ser humano macho»: educada como un chico, la muchacha se considera excepcional, y en virtud de ello experimenta una nueva suerte de especificación. Stendhal lo comprendió muy bien cuando dijo: «Hay que plantar de una vez todo {863} el bosque.» Pero si suponemos, por el contrario, una sociedad donde la igualdad de los sexos se hubiera realizado concretamente, esa igualdad se afirmaría de nuevo en cada individuo.

Si desde la más tierna edad, la niña fuese educada con las mismas exigencias y los mismos honores, las mismas severidades y las mismas licencias que sus hermanos, participando en los mismos estudios, en los mismos juegos, prometida a un mismo porvenir, rodeada de hombres y mujeres que se le presentasen sin equívocos como iguales, el sentido del «complejo de castración» y el del «complejo de Edipo» quedarían profundamente modificados. Al asumir con los mismos títulos que el padre la responsabilidad material y moral de la pareja, la madre gozaría del mismo prestigio perdurable; la niña sentiría a su alrededor un mundo andrógino y no un mundo masculino; aunque se sintiera afectivamente más atraída por el padre -lo cual ni siquiera es seguro-, su amor por él estaría matizado por una voluntad de emulación y no por un sentimiento de impotencia: no se orientaría hacia la pasividad; autorizada a demostrar su valía en el trabajo y los deportes, rivalizando activamente con los muchachos, la ausencia de pene -compensada por la promesa del hijo- no bastaría para engendrar un «complejo de inferioridad»; de manera correlativa, el muchacho no tendría espontáneamente un «complejo de superioridad» si no se le hubiera inculcado y si estimase a las mujeres tanto como a los hombres³. La muchacha no buscaría estériles compensaciones en el narcisismo y los sueños, no se tendría por algo descontado; se interesaría por lo que hace, abordaría sin reticencias todas sus empresas. Ya he dicho cuánto más fácil sería su pubertad si la superase, como el muchacho, hacia un libre porvenir de adulto; la menstruación {864} solo le inspira tanto horror porque constituye una caída brutal en la feminidad; también asumiría más tranquilamente su joven erotismo si no experimentase un disgusto lleno de turbación ante el conjunto de su destino; una educación sexual coherente la ayudaría mucho a remontar esa crisis. Y, gracias a la educación mixta, el augusto misterio del Hombre no tendría ocasión de nacer: sería aniquilado por la familiaridad cotidiana y la franca competencia. Las objeciones que se oponen a este sistema implican siempre el respeto por los tabúes sexuales; pero resulta vano pretender inhibir en el niño la curiosidad y el placer; así solo se termina por crear represiones, obsesiones, neurosis; el sentimentalismo exaltado, los fervores homosexuales y las pasiones platónicas de las adolescentes, con todo su cortejo de bobería y disipación, son mucho más nefastos que algunos juegos infantiles y algunas experiencias precisas. Lo que aprovecharía sobre todo a la joven sería que, al no buscar en el varón un semidiós -sino solamente un camarada, un amigo, un compañero-, no se apartaría de asumir por sí misma su existencia; el erotismo, el amor, adoptarían el carácter de una libre superación, y no el de una dimisión; y ella podría vivirlos como una relación de igual a igual. Bien entendido, no se trata de suprimir de un plumazo todas las dificultades que el niño tiene que superar para convertirse en adulto; la educación más inteligente y más tolerante no podría dispensarle de hacer los gastos de su propia experiencia; lo que se puede pedir es que no se acumulen gratuitamente obstáculos en su camino. El que ya no se cauterice con un hierro candente a las muchachas «viciosas» es un progreso; el psicoanálisis ha instruido en cierta medida a los padres; sin embargo, las actuales condiciones en que se realiza la formación y la iniciación sexuales de la mujer son tan deplorables, que ninguna de las objeciones que se oponen a la idea de un

³ Conozco a un niño de ocho años que vive con su madre, una tía, una abuela, las tres independientes y activas, y un anciano abuelo semiimpotente. El niño padece un aplastante «complejo de inferioridad» con respecto al sexo femenino, pese a que su madre se esfuerza por combatirlo. En el liceo desprecia a compañeros y profesores, porque son míseros representantes del sexo masculino.

cambio radical es valedera. No se trata de suprimir en ella las contingencias y miserias de la condición humana, sino de ofrecerle los medios necesarios para superarlas.

La mujer no es víctima de ninguna misteriosa fatalidad {865}; las singularidades que la especifican derivan su importancia de la significación que revisten; podrán ser superadas tan pronto como sean captadas en nuevas perspectivas; así se ha visto que, a través de su experiencia erótica, la mujer experimenta -y a menudo detesta- la dominación del varón: de ello no hay que deducir que sus ovarios la condenan a vivir eternamente de rodillas. La agresividad viril no aparece como un privilegio señorial nada más que en el seno de un sistema que conspira todo entero para afirmar la soberanía masculina; y la mujer se siente en el acto amoroso tan profundamente pasiva, porque ya se piensa como tal. Al reivindicar su dignidad de seres humanos, muchas mujeres modernas captan todavía su vida erótica a partir de una tradición de esclavitud: así les parece humillante permanecer acostadas debajo del hombre y ser penetradas por él, y ello las crispa en la frigidez; pero, si la realidad fuese diferente, el sentido que expresan simbólicamente gestos y posturas amorosos lo sería también: una mujer que paga, que domina a su amante, puede sentirse orgullosa, por ejemplo, de su soberbia ociosidad y considerar que esclaviza al varón que se agota activamente; y ya existen multitud de parejas sexualmente equilibradas y entre las cuales las nociones de victoria y derrota han cedido el paso a una idea de intercambio. En verdad, el hombre, como la mujer, es carne y, por tanto, pasividad, juguete de sus hormonas y de la especie, inquieta presa de su deseo; y ella, como él, en el seno de la fiebre carnal, es consentimiento, Con voluntario, actividad; cada uno de ellos vive a su manera el extraño equívoco de la existencia hecha cuerpo. En esos combates en los cuales creen enfrentarse el uno contra el otro, cada cual lucha contra sí mismo, proyectando en su compañero esa parte de sí mismo que cada cual repudia; en lugar de vivir la ambigüedad de su condición, cada uno de ellos se esfuerza por hacer soportar al otro su abyección, reservándose para sí el honor. Si, no obstante, ambos la asumiesen con lúcida modestia, correlativa de un auténtico orgullo, se reconocerían como semejantes y vivirían amistosamente el drama erótico. El hecho de ser un ser humano es infinitamente más {866} importante que todas las singularidades que distinguen a los seres humanos; nunca es el dato lo que confiere superioridad: la «virtud», como la llamaban los antiguos, se define al nivel de «lo que depende de nosotros». En los dos sexos se desarrolla el mismo drama de la carne y el espíritu, de la finitud y la trascendencia; a ambos los roe el tiempo, los acecha la muerte; ambos tienen la misma necesidad esencial uno del otro; y pueden extraer de su libertad la misma gloria: si supiesen saborearla, no sentirían la tentación de disputarse falaces privilegios; y entonces podría nacer la fraternidad entre ellos.

Se me dirá que todas estas consideraciones son puramente utópicas, puesto que para «rehacer a la mujer» sería preciso que la sociedad ya la hubiera hecho realmente la igual del hombre; los conservadores, en todas las circunstancias análogas, no han dejado nunca de denunciar este círculo vicioso: sin embargo, la Historia no gira en redondo. Sin duda, si se mantiene una casta en estado de inferioridad, seguirá siendo inferior: pero la libertad puede romper ese círculo; que se deje votar a los negros, y se convertirán en personas dignas del voto; que se den responsabilidades a la mujer, y sabrá asumirlas; la cuestión estriba en que sería ocioso esperar de los opresores un movimiento gratuito de generosidad; sin embargo, unas veces la rebelión de los oprimidos y otras la evolución misma de la casta privilegiada crean situaciones nuevas; de ese modo, los hombres se han visto obligados, en su propio interés, a emancipar parcialmente a las mujeres: estas solo tienen que proseguir su ascensión, alentadas por los éxitos que obtienen; parece casi seguro que dentro de un período de tiempo más o menos largo accederán a la perfecta igualdad económica y social, lo que llevará consigo una metamorfosis interior.

En todo caso, objetarán algunos, si un mundo tal es posible, no es deseable. Cuando la mujer sea «lo mismo» que el hombre, la vida perderá «toda su sal». Este argumento tampoco es nuevo: los que tienen interés en perpetuar el presente, siempre vierten lágrimas sobre el mirífico pasado que va a desaparecer, sin otorgar una sonrisa al joven porvenir {867}.

Es cierto que al suprimir los mercados de esclavos se han aniquilado las grandes plantaciones tan magníficamente adornadas de azaleas y camelias, se ha arruinado toda la delicada civilización sudista; los viejos encajes se han reunido en los desvanes del tiempo con los timbres tan puros de los castrados de la Capilla Sixtina, y hay un cierto «encanto femenino» que amenaza con caer igualmente convertido en polvo. Convengo en que es un bárbaro aquel que no aprecia las flores raras, las puntillas, el cristal de una voz de eunuco, el encanto femenino. Cuando se muestra en todo su esplendor, la «mujer encantadora» es un objeto mucho más excitante que las «pinturas idiotas, dinteles, decoraciones, ropas de saltimbanquis, enseñas, iluminaciones populares» que enloquecían a Rimbaud; adornada con los más modernos artificios, trabajada según las técnicas más recientes, llega desde el fondo de los tiempos, de Tebas, de Minos, de Chichen Itza; y es también el tótem plantado en el corazón de la selva africana; es un helicóptero y es un pájaro; y la mayor maravilla es que, bajo sus cabellos teñidos, el rumor del follaje se hace pensamiento y de sus senos se escapan palabras. Los hombres tienden sus manos ávidas hacia el prodigio; pero, tan pronto como lo cogen, se desvanece; la esposa, la querida, hablan como todo el mundo, con la boca: sus palabras valen justamente lo que valen; sus senos, también. Milagro tan fugaz -y tan raro- ¿merece que se perpetúe una situación nefasta para ambos sexos? Se puede apreciar la belleza de las flores, el encanto de las mujeres, y apreciarlos en su justo valor; si esos tesoros hay que pagarlos con sangre o con la desdicha, preciso será saber sacrificarlos.

El hecho es que este sacrificio se les antoja a los hombres singularmente pesado; hay pocos que deseen de corazón que la mujer termine de realizarse; quienes la desprecian no ven qué ganancia podrían obtener de ello, y quienes la quieren bien, ven demasiado claro lo que pueden perder; y es verdad que la evolución actual no amenaza solamente el encanto femenino: al ponerse a existir por sí misma, la mujer abdicará la función de doble y de mediatrix que le vale en el universo {868} masculino su lugar privilegiado; para el hombre aprisionado entre el silencio de la Naturaleza y la exigente presencia de otras libertades, un ser que sea a la vez su semejante y una cosa pasiva se presenta como un gran tesoro; la figura bajo la cual percibe a su compañera bien pudiera ser mítica, pero las experiencias de que ella es fuente o pretexto no por ello son menos reales: y no las hay apenas más preciosas, más íntimas y más ardientes; no es cosa de negar que la dependencia, la inferioridad y el infortunio femeninos les da su carácter singular; seguramente la autonomía de la mujer, aunque ahorre a los varones multitud de molestias, los privará también de muchas facilidades; con toda seguridad, ciertas maneras de vivir la aventura sexual se perderán en el mundo de mañana: pero eso no significa que serán desterrados del mismo el amor, la dicha, la poesía. Guardémonos de que nuestra falta de imaginación despueble el porvenir; este no es para nosotros más que una abstracción; cada uno de nosotros deplora sordamente la ausencia de lo que fue; pero la Humanidad del mañana lo vivirá en su carne y en su libertad; ese será su presente y, a su vez, ella lo preferirá; entre los sexos nacerán nuevas relaciones carnales y afectivas, respecto a las cuales no tenemos la menor idea: ya han aparecido entre hombres y mujeres amistades, rivalidades, complicidades, camaraderías castas o sexuales, que los pasados siglos no habrían podido inventar. Entre otras cosas, nada me parece más discutible que el slogan que condena al mundo nuevo a la uniformidad y, por tanto, al tedio. No veo que el tedio esté ausente de este nuestro mundo, ni que la libertad haya creado nunca uniformidad. En primer lugar, siempre habrá entre el hombre y la mujer ciertas diferencias; al tener una figura singular, su erotismo, y por tanto su mundo sexual, no podrían dejar de engendrar en la mujer una sensualidad y una sensibilidad singulares: sus relaciones con su

propio cuerpo, con el cuerpo masculino, con el hijo, no serán jamás idénticas a las que el hombre sostiene con su propio cuerpo, con el cuerpo femenino y con el hijo; los que tanto hablan de «igualdad en la diferencia» darían muestras de mala voluntad si no me concediesen que pueden existir {869} diferencias en la igualdad. Por otra parte, son las instituciones las que crean la monotonía: jóvenes y bonitas, las esclavas del serrallo son siempre las mismas entre los brazos del sultán; el cristianismo ha dado al erotismo su sabor a pecado y leyenda al dotar de un alma a la hembra del hombre; aunque se le restituyera su soberana singularidad, no se quitaría su sabor patético a los abrazos amorosos. Es absurdo pretender que la orgía, el vicio, el éxtasis y la pasión serían imposibles si el hombre y la mujer fuesen concretamente semejantes; las contradicciones que oponen la carne al espíritu, el instante al tiempo, el vértigo de la inmanencia al llamamiento de la trascendencia, lo absoluto del placer a la nada del olvido, jamás desaparecerán; en la sexualidad se materializarán siempre la tensión, el desgarramiento, el gozo, el fracaso y el triunfo de la existencia. Liberar a la mujer es negarse a encerrarla en las relaciones que sostiene con el hombre, pero no negarlas; aunque se plantee para sí, no por ello dejará de seguir existiendo también para él: reconociéndose mutuamente como sujeto, cada uno seguirá siendo, no obstante, para el otro, un otro; la reciprocidad de sus relaciones no suprimirá los milagros que engendra la división de los seres humanos en dos categorías separadas: el deseo, la posesión, el amor, la aventura; y las palabras que nos conmueven: dar, conquistar, unirse, conservarán su sentido; por el contrario, cuando sea abolida la esclavitud de una mitad de la Humanidad y todo el sistema de hipocresía que implica, la «sección» de la Humanidad revelará su auténtica significación y la pareja humana hallará su verdadera figura.

«La relación inmediata, natural y necesaria del hombre con el hombre es la relación del hombre con la mujer», ha dicho Marx⁴. «Del carácter de esa relación se deduce hasta qué punto el hombre se ha comprendido a sí mismo como ser genérico, como hombre; la relación del hombre con la mujer es la relación más natural entre el ser humano y el ser humano. Ahí se demuestra, por tanto, hasta qué punto el {870} comportamiento natural del hombre se ha hecho humano o hasta qué punto el ser humano se ha convertido en su ser natural, hasta qué punto su naturaleza humana se ha convertido en su naturaleza.

Imposible sería expresarlo mejor. Al hombre corresponde hacer triunfar el reino de la libertad en el seno del mundo establecido; para alcanzar esa suprema victoria es necesario, entre otras cosas, que, por encima de sus diferencias naturales, hombres y mujeres afirmen sin equívocos su fraternidad {871}.

4 *Oeuvres philosophiques*, tomo VI. El subrayado es de Marx.